FERNANDO DÍAZ DEL PULGAR

FLOR DESHOJADA

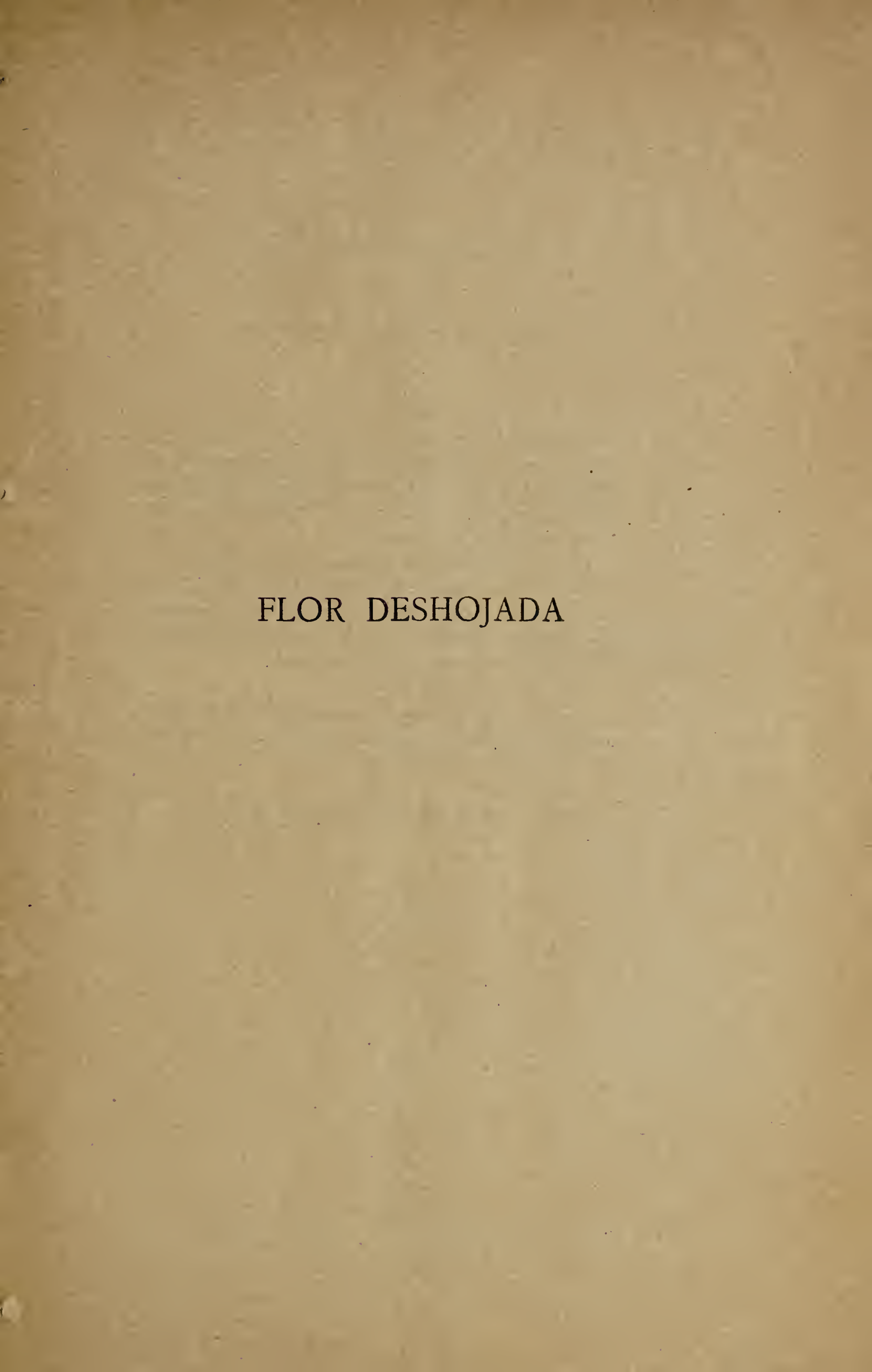
COMEDIA DRAMATICA

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917



FLOR DESHOJADA

FLOR DESHOJADA

COMEDIA DRAMATICA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

FERNANDO DÍAZ DEL PULGAR

Estrenada con gran éxito por la Compañía de Ricardo Puga en el TEATRO ROMEA de Barcelona, el lunes 12 de Marzo de 1917



MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

Personajes que intervienen en esta obra, con los nombres de los artistas que la estrenaron.

ACTRICES

JULIANA, 19 años	Carmen Díaz.
BALTASARA, 50 íd	Dolores Estrada.
LOLA, 23 íd	Elena Gil López.
PACA, 21 íd	Encarnación Díaz.
LEONOR, 45 íd	Dolores Soriano.
TRINIDAD, 22 íd	Antonia Herrero.
DOROTEA, 19 íd	Lola Cachet.
CONCHA, 25 íd	Concha Gil López.

ACTORES

MANOLO, 25 años	Ricardo Puga.
LUIS, 30 íd	Ramiro de la Mata.
ANTONIO, 60 íd	Pablo José Bonell.
CARRASCO, 22 íd	Nicolás Perchicot.
JOSELITO, 16 íd	Joaquín Roa.
ERNESTO, 25 íd	Manuel Somera.
MELGAR, 26 íd	Angel Sepúlveda.
PRIETO, 28 íd	Ramón Ginestar.
ANTOLÍN, 29 íd	Juan Sáez.
SOTO, 26 íd	Rafael Ramírez.
UN CRIADO	Aniceto Alemán.

ADVERTENCIA

En el cartel que anunciaba el estreno de esta comedia, la Empresa advertía al público que la obra se desarrollaba en un ambiente algo licencioso; pero pareciéndole al autor injustificada tal advertencia publicó, en los diarios locales, una carta en la que hacía constar su opinión contraria a la de la Empresa.

El público, que llenaba el teatro el día del estreno, y la crítica al siguiente día, dieron la razón al autor.

No obstante, si algún empresario, leída y ensayada la obra, estimara conveniente hacer al público la misma salvedad que hizo la Empresa del Teatro Romea de Barcelona, el autor le autoriza para ello.



ACTO PRIMERO

La escena representa el zaguán de una casa de campo, en Castilla la Nueva. Al fondo, la puerta de entrada; desde ella se ve el campo. Dos puertas en cada lateral; en el ángulo derecho herramientas de labranza. En medio del zaguán una mesa y varias sillas; arrimados a las paredes bancos de madera.

Al levantarse el telón estarán en escena Carrasco y Joselito. Este arreglará las herramientas que aquél le va dando. Lola y Paca aparecen por la izquierda.

ESCENA PRIMERA

CARRASCO, LOLA, PACA y JOSELITO

LOLA ¿Por qué haces tanto ruido y tan de mañana, Carrasco?

CAR. Ni hago ruido, ni es muy de mañana. Han dao las nueve.

PACA Pero es domingo y los domingos los cristianos no trabajan.

CAR. No trabajo; arreglo las herramientas que sirven para trabajar.

LOLA ¿Y esto no es trabajo?

CAR. Ni pizca; el que está sentao como yo, se entretiene, pero no trabaja; antes descansa.

PACA Nosotras no hemos podido pegar los ojos en toda la noche.

CAR. No habrá sido por mi culpa, seguramente.

LOLA (Con intención.) Quién sabe... Carrasco.

CAR. ¡Vaya unas novias!

LOLA No lo parecemos, ¿verdad?

CAR. Lo que ustedes parecen...

PACA ¡Vamos a ver!

LOLA Dilo, Carrasco.

CAR. (Como arrepentido de decir lo que tuvo intención.) Bueno, ¿cuándo se marchan las señoritas? El auto no sufrió avería mayor y ustedes ya están restablecidos, porque todo se redujo a dos o tres chichones, aunque las señoritas creyeran que en la carretera se dejaban cabeza, brazos y piernas.

PACA ¿Es que nos quieres lejos, Carrasco?

LOLA Siempre te creí tan buen mozo como tonto.

CAR. Bueno, déjenme en paz, que no estoy por líos.

LOLA Por mujeres querrás decir, porque líos no somos.

CAR. ¡Que no! ¡Ja, ja!

LOLA Lo que es sal y gracia tienes, Carrasco.

PACA ¿Dónde están tus amos?

CAR. A misa han ido.

LOLA ¿Te han dejado a ti solo en la dehesa?

CAR. No. Están Manolo, Juliana y Joselito.

LOLA ¡Joselito! ¿Quién es Joselito? ¡Ah, sí; este niño.

PACA ¿Dónde tienes a tus padres?

JOS. No sé si los tengo.

LOLA ¿No sabes si tienes padres, hijo?

JOS. No, señora.

CAR. Unos pobres lo dejaron dormío en el pajar y mi amo lo recogió.

LOLA Don Antonio es muy bueno; ampara a todo el mundo. A Manolo también lo recogió, ¿verdad?

CAR. No; Manolo trabaja y gana soldá.

LOLA ¿Qué cargo desempeña aquí?

CAR. Es el mayoral.

PACA ¿Y qué más?

CAR. Que yo sepa, na más.

PACA ¿Y no es el novio de la hija de los colonos?

CAR. No, señora.

LOLA ¡Qué sabe este tonto!

CAR. ¡Pues por qué me lo preguntan!

PACA Tiene tanto él de gañán, como yo de monja.

CAR. Gañán, gañán no es. Estudiaba letras en Madrid cuando un médico le dijo que si no hacía vida de campo, no daba por él una perra gorda. Vida de campo, a lo rico, no

podía hacerla porque no tenía donde caerse muerto. Un tío suyo, amigo del amo, lo trajo aquí va para seis años, y aquí aprendió las faenas del campo mejor que nosotros. Cogió el azadón, y el azadón, al poco tiempo, en sus manos, hacía milagros; cogió el arado, y a la semana, los bueyes, guiados por él, parecían personas. Al mes era el amo de la casa. A la servidumbre la tenía embobá con sus cuentos e historias; a los amos, locos con su destreza y entendimiento. Hasta los gatos iban tras Manolo, como si fuesen perros, y los perros como si fuesen zagales.

LOLA ¿Y él no iba tras Juliana?

CAR. ¡Si Juliana era una niña! Quítenle seis años y quedará en trece. Era Julianica la que andaba siempre al lado de Manolo, como si fuese su sombra. No había que preguntar dónde estaba la muchacha; donde estuviera Manolo había de encontrarse. ¡Pero si a todos chicos y grandes, mozos y mozas, nos pasa lo mismo! El tajo preferido por los braceros es aquel que lo manda Manolo, y todos con él trabajamos más y mejor. (Pausa.) Bueno, y a ustedes ¿por qué les interesa tanto la vida de Manolo?

PACA Se ha portado tan bien con nosotros, desde que el incidente del auto nos trajo a esta casa, que es natural nos interesemos por él. Además, también es muy simpático.

CAR. ¿Y cuándo se van ustedes?

LOLA ¡Dale con nuestra partida! Decididamente eres tonto, Carrasco. (Haciéndole monerías.) Nosotras que por ti somos capaces de...

CAR. Joselito, vete a soltar las gallinas.

(Joselito, mutis segunda izquierda. Carrasco recoge las herramientas con coraje, como si le interesase acabar pronto para llevar a cabo una acción importante, colocándolas en el ángulo donde estaban antes; entre tanto, separándose un poco.)

LOLA Ahora se destapa.

PACA ¡Eres más loca que una cabra! ¡Pobre muchacho!

LOLA Está que arde; ya verás cómo se arranca.

CAR. (Como si quisiera decir una gran cosa.) ¿Y cuándo se van ustedes?

LOLA (Con despecho.) ¿Y para esto has echado de aquí a Joselito?...

CAR. Le he echao para que no oyera... (*Parándose, como si no diera con la palabra.*)

LOLA ¿Lo que ibas a decirnos?

CAR. No; lo que ustedes iban a decirme a mí.

LOLA Decididamente eres tonto, hijo.

CAR. Bueno, ¿se marchan o no se marchan pronto?

LOLA ¡Uf! Qué pesado es este animal.

PACA Probablemente nos iremos hoy. El auto sufrió poco y ya está arreglado, y de nosotros puede decirse que más fué el susto que los golpes. Hemos de pensar, pues, en la partida, sintiéndolo mucho, porque el paisaje nos gusta infinito y la gente más que el paisaje.

CAR. Y el vino mucho más que la gente.

PACA ¡Si apenas lo hemos catado!

LOLA ¡Qué galante eres, hombre!

CAR. Pero sus maridos... cuidao que beben. ¡Anoche cogieron una merluza!... Manolo me lo ha contao. Dice que charlaban por los codos.

(*Las dos mujeres se miran, como interrogándose.*)

LOLA ¿Y de qué hablaban?

CAR. Manolo es muy reservao y nada me ha dicho.

(*Silencio embarazoso.*)

LOLA Oye, Carrasco; si no te diéramos miedo, te diría una cosa.

CAR. Quienes me dan miedo no son ustedes, son sus maridos.

PACA ¡Hasta valiente!

LOLA Juliana ha demostrado deseos de dar un paseo en auto y antes de marcharnos la quisiéramos complacer.

CAR. No lo permitirán sus padres.

LOLA ¡No sé por qué! Estamos casadas las dos con esos señoritos que nos acompañaban; es decir, que nos acompañan.

CAR. Si yo no lo dudo, ni creo que nadie lo dude en esta casa; pero mis amos no querrán exponer a su hija a un susto como el que tuvieron ustedes.

LOLA Aquello no sucede todos los días. Además, iremos despacio. Anda, vé en busca de Juliana y dile que aquí la esperamos.

CAR. Iré; pero conste que yo no entro ni salgo en este fregao. (*Mutis segunda izquierda.*)

ESCENA II

LOLA y PACA; luego JULIANA y JOSELITO y nuevo mutis de JOSELITO y JULIANA

LOLA Jamás había tropezado con un hombre como ese.
PACA Eso no es un hombre; es un alcornoque.
LOLA ¡Cuánta zopenquería hay por el mundo!
PACA Manolo es otra cosa.
LOLA Ya te has enamorado de él.
PACA Mi primer novio era también así, medio campesino y medio señorito.
LOLA ¿Y qué?
PACA Que me lo recuerda, y el primer novio es siempre el primer novio.
LOLA Pues, chica, para mí es el último.
PACA ¿Por qué querrá Luis que invitemos a Juliana a dar un paseo en auto?
LOLA Por galantería, seguramente, y además por temperamento artístico.
PACA Ese Luis, tras su galantería y su finura, oculta siempre un mal pensamiento.
JUL. Buenos días, señoritas. ¿Cómo se han levantado tan de mañana?
PACA Carrasco...
LOLA Según dijo anoche el mecánico, el auto ya está en condiciones de proseguir el viaje interrumpido cuatro días, y después de almorzar, lo emprenderemos.
JUL. Que lo tengan feliz, pues.
LOLA ¿No quiere usted dar antes un paseo con nosotras?
JUL. Sí, me gustaría; pero no están ahora mis padres en casa y no puedo abandonarla.
LOLA Pues cuando vengan.
JUL. ¿Ustedes saben también manejar el bicho aquel?
PACA No, lo guía mi... esposo.
LOLA Pero el mío también sabe. (*A una demostración de desagrado.*) ¿Le asustan los hombres?
JUL. No; pero...
PACA ¿Le han faltado a usted?
JUL. No; pero ..
LOLA ¿Pero qué?
JUL. Nada, nada.

PACA ¿Le han dirigido una palabra de mal gusto?
JUL. (Con algún rubor.) No, no.
LOLA ¡Pues entonces!
JUL. ¡Como una no está acostumbrada a ciertas atenciones!...
PACA ¡Ah, pues Manolo muchas guarda para con usted!
JUL. Manolo... Manolo, al fin y al cabo es nuestro criado y su deber le obliga a tener atenciones con la hija del amo.
LOLA Aunque aldeana, es usted lista también; lista y bonita. En una capital, y mejor vestida, haría usted furor.
PACA Mejor que aquí, no estaría en parte alguna.
JUL. Ni yo lo deseo. Manolo me ha contao muchos de los peligros que se corren en Madrid; sobre todo las mujeres pobres que son bonitas. Ustedes ya deben saberlo, porque son bonitas aunque no pobres.
LOLA Manolo exagera. Seguramente el cariño que por usted siente le hace exagerar. En Madrid se divierte una mucho y no se pasa mal la vida.
JOS. (Desde puerta segunda derecha.) ¡Juliana!
JUL. ¿Qué quieres, Joselito?
JOS. Dice Carrasco que vayas un momento.
JUL. ¿Carrasco?
LOLA Será Manolo.
JOS. No, no, Carrasco. Bueno, Carrasco y Manolo.
JUL. Voy en seguida.
LOLA ¿Volverá?
JUL. Sí.
LOLA No tarde; iremos a dar un paseo. (Mutis segunda derecha Juliana y Joselito.)

ESCENA III

LOLA, PACA: luego LUIS y ANTOLIN; después JULIANA

LOLA Ha sido Manolo el que la ha llamado; ya lo ha hecho otras veces. No quiere que hable con nosotras.
PACA Y hace bien. A lo menos en este momento ha hecho bien. ¿A qué pasarle por los ojos lo que nos divertimos en Madrid?
LOLA ¡No sé qué mal hay en ello!

PACA — Ni bien; si yo pudiera, al lado de mis padres volvería.

LOLA — ¿Y de tu novio?

PACA — Y de mi novio también. Nunca estuve mejor tratada.

LOL. — ¿Pues por qué lo dejaste?

PACA — Fué él el que me dejó.

PACA — Por algo sería.

PACA — Por haberle querido demasiado. Tarde comprendí que es preciso negarles a los hombres lo que más empeño tienen en pedir, que es quizá lo que no quisieran se les diera. Luego nos abandonan por otra, y a otra, a otra... hasta que encuentran una que, por honradez o por cálculo, se resiste a los gritos del amor y les sujeta por toda la vida.

LOLA — ¡Qué más da!

PACA — De otro modo, en otro estado, siempre queda una defensa y un respeto... En fin, no hablemos de ello; fué una vida que pasó y que no volverá seguramente. Pero yo te ruego que no despiertes en Juliana afanes de... mujer como nosotras.

LOL. — ¡Ha vuelto en ti el romanticismo!

PACA — He llegado a quererla como quise a mi hermana menor, por cuya vida y honra tantos sacrificios hice.

LOLA — ¡Para lo que te valió!

PACA — Contra la muerte no se puede luchar: tenía que ser.

LOLA — Lo único que persigo es lograr que pase un mal rato Manolo en pago del odio que nos tiene.

PACA — Es natural, si quiere a la muchacha.

LOLA — Nosotras no nos diferenciamos de las demás mujeres.

PACA — Eso creemos; pero... por lo visto no es así.

LUIS — (Segunda izquierda, seguido de Antolín.) ¿A quién habéis dado jaqueca hoy tan de mañana?

PACA — A nadie.

LOLA — No hemos hablado más que con Juliana.

ANT. — Y con Manolo.

PACA — Con Manolo, no.

LOLA — Nos huye.

ANT. — Sólo así comprendo que no hayas charlado con él.

LUIS — ¿Qué dice Juliana? ¿Nos acompaña o no a probar el auto?

PACA. Sospecho que no.

LOL. Dentro de poco te lo dirá ella misma, porque ha quedado en volver.

LUIS Si quiere dar un paseo en auto nunca mejor ocasión que la presente. (Mirando con inteligencia a Antolín.) Dejadme hablar a mí. Nada de groserías, ¿eh?, nada de groserías; finura, mucha finura y atenciones. ¡Cuidado con meter la pata! Hablar lo menos posible, sobre todo tú, Paca.

PACA ¡Eso es llamarme grosera!

ANT. Tú te callas.

PACA. ¡Algo se me ha pegado de tu finura, chico!

LUIS Dejadme hablar a mí, repito; vosotros sólo al quite.

PACA Te advierto que de tu finura está algo escamada la muchacha.

LUIS O de los atrevimientos de éste, porque ayer...

LOLA ¿Qué la dijiste?

PACA ¿Qué la hiciste?

ANT. Me agarré a ella porque me iba a caer. ¡Conste que me iba a caer!

PACA No haber bebido tanto. (A Luis.) ¿Qué te propones hacer con Juliana?

LUIS Dar un paseo.

LOLA Nada más que un paseo, ¿verdad?

LUIS ¡Un paseo... largo!... ¡Quiero darle un disgusto a ese gañán con ínfulas de señorito! ¡Le odio, no puedo remediarlo!

LOL. Pues a Paca le es muy simpático.

ANT. ¡Romanticismo!

LOLA Motivos no tienes tú para odiarle tanto, y, sobre todo, ¿por qué ha de pagar Juliana la antipatía que puedes sentir por su novio?

LUIS Si no lo paga Juliana. Lo único que quiero es estar ausente con ella muchas horas para que rabie y patalee Manolo.

PACA (Con intención.) ¿Nada más, Luis?

ANT. ¡No te pongas tonta, no te pongas tonta, Paca!

JUL. (De segunda derecha.) Ya estoy de vuelta. (Al ver a los señoritos se corta.)

LUIS No se asuste usted, señorita, que ningún daño hemos de hacerla.

JUL. Es que creí solas a las señoritas, y al encontrarme con ustedes me ha sorprendido.

LUIS Deseamos despedirnos de usted y de sus

papás; pero antes quisiera saber cuánto les debo.

JUL. Nosotros ya estamos pagados con el bien hecho, señorito. ¿Habíamos de mostrarnos sordos a los gritos de socorro?

LUIS Es que, además del agradecimiento, hay que recompensar la molestia, y si quiere usted acompañarnos a dar un paseo hasta Guadalajara, le compraré algunas joyas y algún vestido.

JUL. No se molesten los señoritos. Vestidos, tengo; joyas, ¿para qué las necesito?

LUIS Para hermosear esa cara de ángel que Dios la ha dado.

JUL. Si mi cara es de ángel, como usted dice, aunque yo lo dudo, ¿qué mayor adorno?

LUIS Pues acompáñenos usted a dar un paseo en auto. Luego almorzaremos, y a Madrid los forasteros.

JUL. Pediré permiso a mis padres.

LOLA ¿Para qué molestarles? Antes de que se den cuenta estaremos de vuelta. Ande, véngase con nosotras. El auto nos espera. Ya sabe usted lo que dijo ayer el mecánico; no hay peligro.

JUL. ¡No me atrevo!

LUIS ¡Si es cuestión de un momento!

JUL. ¡No importa, no importa!

LOLA ¿No siente usted deseos de viajar en auto?

JUL. ¡Ya lo creo! Cuando los veo cruzar como rayos la carretera, me pregunto: ¿qué llevarán dentro?

LUIS Cuarenta caballos

JUL. ¡Cuarenta caballos! Tonta sí soy, pero no tanto.

LUIS ¿Los quiere usted ver?

JUL. No, no, gracias.

LUIS ¿Ni a la calle puede usted salir?

JUL. A la calle, sí.

LUIS Pues ande, abriré el «capó» y verá usted los caballos. No le harán daño, y menos nosotros. ¡Cómo íbamos a disgustar a joven tan linda y que tan bien nos ha tratado!

JUL. (Con un movimiento hacia el foro.) ¡Me engaña usted seguramente!

(Se dirigen todos hacia el fondo como para hacer salir a Juliana; algunos inician el mutis; aparece Manolo por la segunda derecha.)

ESCENA IV

LOS MISMOS y MANOLO

MAN. ¡Juliana, Juliana! ¿A dónde vas?

JUL. A ver el auto de los señores.

MAN. Ya lo verás luego, cuando se marchen... ¿Se marchan ustedes, verdad?

LUIS ¡Supongo que nuestra compañía no le molesta!

MAN. ¡A mí! ¿A santo de qué? Soy un obrero de la casa.

LUIS ¡Pues parece usted el amo, según como manda en esta joven!

MAN. No mando. Me ha parecido innecesaria la visita al auto.

LUIS Somos personas bien educadas y dignas. La joven nada pierde en nuestra compañía. Estamos casados como Dios manda.

MAN. ¡Qué tiene que ver lo uno con lo otro! Además, el empeño que ponen ustedes en hacernos saber que están casados es sospechoso.

LUIS Empeño, no.

MAN. ¡Lo repiten tanto! Nosotros damos auxilio a quien lo necesita. No queremos saber más; pero una cosa es el auxilio y otra Juliana.

LUIS «¡Nosotros damos auxilio...!» Así, lo mismo que si fuera usted el amo de la finca.

MAN. Soy el encargado, y desde que tal cargo desempeño no les ha ido del todo mal a los amos. El interés que me tomo por cuanto a ellos se refiere, me dan títulos para considerarme como de la casa. No hay más. Buen viaje y buena suerte les deseo.

LUIS No es deshonra para nadie acompañarnos a dar un paseo.

MAN. Ya se trata de paseo; ella no habló más que de ver el auto.

JUL. Me habían invitado a dar un paseo; pero yo les he dicho que era preciso pedir permiso a mis padres.

LUIS ¡Si se tratase de un largo viaje y de otras personas!...

MAN. En los pueblos somos así; por cualquier cosa pedimos permiso a los padres, y no nos va del todo mal.

LUIS — En labios de usted son casi ridículas tales palabras.

MAN. — No digo lo contrario; pero de usted no necesito que las mejore.

LUIS — Ahora caigo en la cuenta de que hablamos como si fuésemos enemigos, sin serlo. Usted dispense, Manolo; mi intención no ha sido molestarle.

MAN. — Lo supongo, y no esperaba menos de gente tan... distinguida.

LUIS — ¿Tardarán mucho en volver los padres de usted, señorita?

JUL. — Poco ha de ser.

LOLA — Entretanto, nosotras nos arreglaremos.

MAN. — Son ustedes muy dueñas, señoras.

(Ellas hacen mutis por la primera izquierda.)

LUIS — Y nosotros a ver la obra del mecánico, si usted no se opone.

MAN. — Yo no me opongo más que a cosas mías.

(Luis y Antolín mutis fondo.)

ESCENA V

MANOLO y JULIANA

JUL. — Era sólo por ver el coche ese.

MAN. — Ya verás otro en mejor ocasión.

JUL. — Yo quisiera saber por qué corren tanto. ¿Lo sabes tú?

MAN. — Cuando nos casemos te prometo pasearte un día entero en automóvil.

JUL. — ¿De veras?

MAN. — De veras.

JUL. — ¿Tú sabes cómo están hechos esos bichos por dentro?

MAN. — Lo sabe cualquiera, chiquilla.

JUL. — ¡Mira que ser patán con tu talento!

MAN. — Yo podría decir: ¡Mira que ser labradora con tu purísima cara de rosa! Pero no te lo digo, porque sé que e-ta hermosura que tú posees se debe a la tierra que yo labro y al agua del río que la refresca todos los días.

JUL. — ¡Eres más zalamero!

MAN. — Leo en tu rostro de ángel.

JUL. — ¡Anda, anda, tontín!

MAN. — Anoche hablé con tu padre de aquello.

JUL. — ¡Ya lo sé! ¡Me lo ha dicho madre con una

alegría! ¿Qué les has *dao*? ¡Te quieren más que a mí!

MAN. Les he dado trabajo y honradez, que es bien poco, porque no he dado más que lo que me sobra. Yo sí que no sé lo que tú me das para volverme loco.

JUL. Pues lo que tú: bondad y honradez.

MAN. Y hermosura; porque eres muy hermosa, muy hermosa.

JUL. Mejor *pa* ti, porque yo sólo *pa* ti quiero serlo.

MAN. Gracias, Juliana. Eres linda y sencilla flor perdida y oculta en los bosques de estas montañas.

JUL. No tan oculta que no me haya sabido encontrar quien yo me sé.

MAN. Dicha fué para mí dejar la ciudad en busca de salud, porque encontré la salud y además el amor.

JUL. ¿Nos vamos a casar pronto?

MAN. Cuando lo dispongan tus padres.

JUL. ¿No tienes prisa por verme tuya?

MAN. Mía eres hace tiempo, y más felices de lo que somos no hemos de serlo nunca. Cuando cojo el azadón, sobre la tierra trazo tu cara bonita, y si cojo el arado, los bueyes, con su surco, dibujan tu cuerpo.

JUL. Esto dicen los gañanes. ¿Y se me parece?

MAN. Lo mismito que una gota de agua a otra gota. Y en el jardín, que para ti estoy construyendo, las semillas de las flores, al nacer, tu cuerpo gentil han de dibujar.

JUL. Yo no he visto mozo más arrogante que tú.

MAN. Ni yo moza tan bonita como tú. ¡Qué hermosos van a ser los angelitos!...

JUL. ¡Te quieres callar, atrevido!
(Voces.)

MAN. Por fuerza habré de hacerlo, porque oigo la voz de tus padres.
(Aparecen Antonio y Baltasara derecha fondo.)

ESCENA VI

LOS MISMOS, ANTONIO y BALTASARA; luego menos BALTASARA y JULIANA

BALT. Buenos días, hijos.

ANT. Ya hemos hablado de eso con el señor cura.

De su cuenta corre sacar los papelotes necesarios.

BALT. Que te pases tú a verle.

JUL. Para confesarte será.

ANT. No; para preguntarle no sé qué cosa de sus padres.

MAN. Murieron años ha.

ANT. Pues por eso hacen falta los papelotes.

BALT. En fin, él te enterará. Entra, Juliana.

ANT. A ver si le aguas la fiesta con tus *sermoneos,* que *paeces* una abadesa. (Juliana y Baltasara mutis primera izquierda.) Lo mismo hizo su madre con ella cuando nos casamos.

MAN. ¡Quién la tuviera!

ANT. En esto llevas razón. Son madres, y hay que pasar por sus escrúpulos, por lo mismo que son escrúpulos de madre. (Pausa.) ¿Qué se hizo estos últimos días? (Sentándose cerca de la mesa.) Anda, siéntate.

MAN. Como convinimos, hemos roturado tierras de la ladera solana del monte bajo; hemos escardado los trigales del molino; el ganado pastó en los barbechos de la dehesa que queremos sembrar el año próximo. En el tinado mayor pasarán el mes, si usted no se opone, todas las recrías. Así abonaremos aquellas tierras un tanto flojas. Mañana continuaremos escardando trigales y luego a preparar las eras para el centeno y la cebada, que van adelantados este año de sequía y de calor primerizo. La cosecha, sin embargo, no se presenta mal en la heredad por ser arcillosa nuestra tierra. Llovió en abril, y granó con el agua la sembradura. Según cuando llueva, roturaremos más tierra, y si ya estuviese muy adelantada la otoñada cuando el agua cayera, empezaríamos a sembrar las barbechadas. Yo que usted, a su debido tiempo plantaría más viñas y más olivos.

ANT. Sí, sí, para vuestros hijos.

MAN. Y para nosotros también. A los tres años produce ya la viña, y a los seis los olivares. Nietos ha de ver usted que cuenten veinte.

ANT. (Levantándose.) Bien, bien, Manolo. (Pausa.) Haz que arreglen el camino mañana los muchachos. Hasta la carretera, está infernal. (Acción de hacer mutis primera izquierda.) ¡Ah

Que vayan Carrasco y Joselito a ordeñar la Holandesa, que quiere madre hacer golosinas para celebrar los dichos.

MAN. Volveré más pronto si voy yo mismo a ordeñar la vaca.

ANT. Ya sabes que la Holandesa está en la cuadra del otro lado del río.

MAN. No importa; sacaré la jaca; Carrasco abreva ahora las yuntas.

ANT. Como quieras, hijo, como quieras; pero ya no podré decir a Juliana que te acompañe. Es tu prometida, y hay que guardar los respetos debidos a la buena crianza.

MAN. No importa, tiempo nos quedará para acompañarnos mutuamente.

ANT. Que sea largo es lo que yo deseo.

MAN. Y que usted lo vea, es el mío.

ANT. ¡Dios me lo envió!

(Manolo mutis segunda izquierda; al hacer mutis Manolo, por primera aparece Juliana llorosa.)

ESCENA VII

ANTONIO y JULIANA, luego BALTASARA

ANT. (Después de observarla.) ¡Apuesto a que habéis lloriqueado tú y tu madre! Por buena no se tuviera si en tal día como hoy no arrancara lágrimas de tus ojos. ¿Qué te ha dicho?

JUL. Que el casorio es cosa muy seria; que hay que pensarlo mucho antes de *determinalo*; que no se debe decidir sin *dormilo*; que los hijos dan mucho trajín; que no porque me case he de olvidar a mis padres; que los hombres son muy quisquillosos, y que hay que darles la razón en todo...

ANT. Tanta me dió al principio de casaos, que ahora se queda ella con toda.

(Aparece Baltasara primera izquierda.)

BALT. He cumplío con mi deber, y ya estoy contenta.

ANT. Claro, tú habías de hacer llorar a alguien hoy.

BALT. ¡No iba a *icirla* cuáles eran sus deberes de esposa! ¡Qué hubiera dicho su suegra si la tuviera!

ANT. De manera que sólo pa que no te pusiera en malas comparanzas la madre de Manolo, que en gloria debe estar por haber parío un hijo tan bueno, capaz hubieras sido de hacer llorar a una burra *man* que fuera.

BALT. ¡Qué sabes de estos fregaos!... Además, nunca has *querío* tú a Juliana.

ANT. ¿Que no he *querío* yo a la hija de mi alma?

BALT. No. ¿Cómo has de quererla si nunca le has *pegao?*

ANT. Porque no ha *sío* necesario; que hija más buena que esa no la paren madres.

BALT. Pues hay que pegar, porque quien no pega no quiere.

ANT. Pues mira, de haberlo *sabío denantes* (Ademán de pegar.) te hubiera *querío* más.

BALT. ¿Te hubieses atrevío a pegar a la Rosa del molino, como me llamaban los mozos de estas aldeas y caseríos?

ANT. Para demostrarte el querer que te tenía.

JUL. (Que habrá sonreído más de una vez al oir a sus padres.) ¡Que me van ustedes a hacer reir sin ganas!

ANT. Pues mira, así que vengan las ganas, suelta la carcajada, hija, que no es para otra cosa lo que te está ocurriendo. No hay como buenos amoríos para ponernos contentos. Y si no, que lo diga esta, que nos pasábamos el santo día... ¿Cómo te diré yo?...

BALT. ¿Te quieres callar?

ANT. *Callao.*

(Juliana no puede contener la risa y ríe cuando cree no ser vista.)

BALT. ¿De qué te ríes?

JUL. ¡Si no me río! (Suelta una carcajada.)

ANT. Si no se ríe. (Ríe también.)

BALT. (Contagiada, pero queriendo ponerse seria sin lograrlo.) Buen par de tontos sois los dos.

ESCENA VIII

LOS MISMOS y LUIS, ANTOLÍN, LOLA y PACA; al final MANOLO

(Entran por el foro Luis y Antolín.)

LUIS Buenos días.

ANT. Buenos los tengan los señoritos.

BALT. Me ha dicho Juliana que hoy nos dejan.

LUIS Como usted no disponga otra cosa, sí, señora.

ANT. Ustedes son los que aquí mandan.

ANTOLÍN (Desde la puerta segunda izquierda.) Lola... Paca, ¿estamos?

LOLA
PACA } (Dentro) Al momento.

LUIS Le ruego, don Antonio, me diga cuánto le debo.

ANT. No es mi casa una posada, y por tanto suspendan el pago hasta que yo vaya por su casa a pedirles auxilio.

LUIS ¿Y si no lo necesita usted nunca?

ANT. Esto iré yo ganando.

LUIS (Sacándose varios billetes como para que los vieran y dejando uno de quinientas pesetas encima de la mesa.) ¿Está bien pagado? Si sobra algo, para Juliana, Carrasco y Joselito. Ellos, por lo bien que nos han servido, y ella, por ser hija de ustedes.

BALT. Muchas gracias.

ANT. Lo que usted hace es una barbaridad. ¡Quinientas pesetas!...

LUIS No vale la pena, y agradecidos.

ANT. De todos modos, es demasiado dinero; con cien tienen bastante.

LUIS Pregúnteselo usted a ellos; verá usted qué contestan.

JUL. Yo opino como mis padres.

LUIS Cómprese usted algo, y así tendrá un recuerdo nuestro.

LOLA A propósito de Juliana; queremos pedirle un favor.

ANT. Usted dirá.

LUIS ¿Le permite que nos acompañe hasta Guadalajara? Compraremos una fruslería y volveremos al punto. Luego de almorzar, a Madrid nosotros.

ANT. Si ella quiere...

LUIS Ella dice que si quiere usted.

BALT. ¿Por qué no?

JUL. Manolo no quiere.

LUIS En esta casa y en su persona no debe mandar más que su padre de usted.

ANT. No, no; si Manolo no quiere, no debe ir. Es ya su prometida y...

JUL. Que venga Manolo también con nosotros. ¿Verdad que puede acompañarnos Manolo?

LUIS El auto es sólo para cuatro personas y ya iremos cinco!..

JUL. Pues no me atrevo.

LUIS Antes de media hora estaremos de vuelta.

BALT. La cosa no es para dar un desaire.

LOLA ¿Verdad que no?

JUL. ¿Dónde está Manolo?

ANT. A ordeñar la Holandesa se ha ido.

BALT. Tardará un rato en volver.

LUIS Ni siquiera se dará cuenta. Además, nuestra compañía no es para despreciada. Nosotros somos los condes de Somorrostro y estos señores los barones del Castillo.

ANT. Siempre supuse que eran ustedes grandes señores.

JUL. ¿Voy, padre?

ANT. Con tal que Manolo no te vea al cruzar cerca el Molino.

JUL. ¡Ah, sí, no puede ser, nos vería!

LUIS Se agacha usted un segundo y no la verá. (A Antolín.) Si monta no pares hasta casa de doña Leonor.

LOLA Nosotros la ocultaremos; no tema usted.

LUIS Con la velocidad del auto, apenas se conoce a los que en él viajan.

BALT. No corran demasiado. No sea que tengan otro percance.

LOLA No es probable.

LUIS La carretera hasta Guadalajara es recta y llana. Además, les conviene preparar a la niña para gran señora. Es tan bonita que cualquier día puede pedirla por esposa un príncipe de sangre real.

LOLA Ande, ande; verá usted qué bien se va.

JUL. ¿Voy, padre?

ANT. Bueno, pero que se vuelva pronto.

LOLA En un santiamén.

BALT. Cuidiao, mucho cuidiao.

JUL. Si viniese Manolo antes que yo, decidle que me he ido a la huerta. No sea que se enfade.

LOLA Verá usted, verá usted qué agradable sensación produce.

(Mutis Luis y Antolín delante; Lola y Paca rodean a Juliana y la miman. Los viejos se quedan en el portal. Aparece Manolo segunda derecha; deja una cacharra de leche encima de la mesa, se vuelve hacia el fondo y dice sin moverse:)

MAN. Y Juliana, ¿dónde está? (Suena la bocina del auto.)

ANT. Se va a dar un paseo en automóvil con esos señores. (Corriendo hacia el fondo.)

MAN. ¡Qué ha hecho usted! ¡Maldición!

ANT. ¿Pero qué pasa?

MAN. ¡Dios quiera que no pase nada!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa parte de dos lujosos salones. A unos cuatro metros de la boca un telón con tres portales; uno grande en medio y otro pequeño en cada lado; el del medio, con puerta abierta, los otros sin ella. Al otro lado del portal grande, una mesa de juego; al fondo, las paredes del segundo salón; a las laterales una puerta con cortinajes; la de la izquierda, abierta, con mucha luz dentro: la de la derecha, cerrada, con la llave de luz eléctrica a un lado. Encima de la mesa de juego una araña; en medio del primer salón otra muy lujosa. Arrimados a las paredes del primer salón, divanes.

Al levantarse el telón estarán jugando en el salón del fondo una partida varios señores y señoras. Luego se oye una música que toca un tango argentino, y a bailarlo aparecen Melgar y Trini, Prieto y Concha, Soto y Dorotea; después de bailar el tango, Melgar, Trini, Prieto y Concha se sientan formando grupo; Soto y Dorotea se quedan de pie.

ESCENA PRIMERA

TRINIDAD, MELGAR, PRIETO, CONCHA, DOROTEA y SOTO

DOR. Dame un billete.

SOTO Acabo de dártelo.

DOR. Otro.

SOTO ¿Otro? ¿Pero quién es el vivo que arrambla con todos?

DOR. Algunos volverán a tu cartera... Anda, dame el billete.

SOTO ¿Y el primo?

DOR. (Indicando la mesa de juego.) Desplumándolo

están. Por eso te digo que los billetes que me das, volverán a tu cartera.

SOTO — Aquí no hay más cartera que la de doña Leonor. ¡Quién pudiera pillársela!

DOR. — ¡Cuando se te mete una cosa en la cabeza!... Suerte que es dura y se te meten pocas.

SOTO — (Dándole un billete.) Toma, angelito.

DOR. — ¿Vienes? Te convido a cenar.

SOTO — ¿Con mi dinero?

DOR. — Otra, con tu dinero te daría disgustos.

(Dorotea, con el billete en la mano, intenta mutis derecha, luego se para como tentada y se arrima a la mesa de juego. Soto queda fumando, luego se acerca también a la mesa de juego.)

MEL. — ¿Qué se sabe de Luis y los suyos?

TRIN. — Que no se sabe nada ni hace falta.

PRIETO — Y del auto, ¿se sabe algo?

CONCHA — Del auto sabrá el juez, seguramente.

MEL. — Paca escribió ayer diciendo que pronto regresarían.

TRIN. — El padre de Luis anda loco por saber dónde está su hijo.

MEL. — Donde debería estar ya lo puede suponer.

PRIETO — Tampoco su padre, el duque...

MEL. — ¡Qué ha de ser duque!

PRIETO — Bueno, lo que sea. Tampoco su padre debería estar en mejor sitio. Anoche se plantó aquí con el pretexto de que iba en busca de Luis.

CONCHA — ¿Y qué?

TRIN. — Según me ha dicho doña Leonor, aquí se quedó, ya podéis suponer cómo.

MEL. — Entre el padre y el hijo acaban con la fortuna de la madre.

PRIETO — Y con la del.. amigo.

CONCHA — Y con la de la... amiga.

PRIETO — Tu marido, tu marido es el que está enterado... ¿No ha venido hoy por aquí?

CONCHA — Me han dicho que es muy amigo de la mujer del senador don Juan Torres. ¿Qué hay de eso?

PRIETO — Yo no sé nada.

TRIN. — Ni yo.

MEL. — Yo tampoco sé nada.

CONCHA — ¿Suecos los tres?

MEL. — Claro, como tú eres mujer tan de tu casa, hay que irte con remilgos para no darte un disgusto.

CONCHA. Soy como las demás mujeres.

PRIETO. Anda, que la mayoría preferís que os engañe el marido a que os sea fiel.

TRIN. No sé por qué.

PRIETO. Para poder estar a la recíproca.

MEL. El engaño es más bonito pudiéndolo justificar.

TRIN. Tu mujer no te engaña seguramente.

PRIETO. Porque no la tengo.

CONCHA. Yo te aconsejo que no te cases.

PRIETO. Es un consejo inútil.

TRIN. (Con intención.) Pero de amiga.

MEL. ¡Ah, sí, muy de amiga!

CONCHA. Pues os engañáis, ¿verdad, Prieto?

PRIETO. ¡Yo no sé si se engañan! ¡Eso lo sabrán ellos!

CONCHA. No es eso lo que yo digo. Se engañan si creen que entre tú y yo hay... cierto parentesco.

PRIETO. ¡Quién sabe!

CONCHA. ¡Cómo que quién sabe!

PRIETO. ¿No dicen que todos descendemos de un mismo padre?

CONCHA. Hoy no hay manera de hablar con él en serio.

MEL. Se conoce que habéis hablado ya en otra parte.

TRIN. Menos mal si todo se ha reducido a palabras.

PRIETO. Donde las dan las toman.

CONCHA. Ahora se quieren vengar de tu chiste de antes.

PRIETO. Si no era chiste.

MEL. ¿Cómo que no era chiste?

PRIETO. No lo era, porque no ha tenido gracia.

TRIN. Pero lo era, porque yo no engaño a nadie.

PRIETO. ¿Engañar? ¿quién habla de engañar en esta casa? Todos somos inofensivos e inocentes.

MEL. Pero ésta no engaña a nadie.

PRIETO. No creo que sea de la misma opinión su marido.

MEL. Tiene razón Concha, hay que dejarte hoy.

PRIETO. ¡Pobrecito de mí!, ¿me quieres dejar, Concha?

CONCHA. No tengo por qué

PRIETO. ¿Lo ves?, no tiene por qué dejarme.

CONCHA. ¡Claro, fuese yo tu mujer o tu amante!

PRIETO. Entonces te dejaría yo.

CONCHA ¿Por qué?

PRIETO Porque no te permitiría que tomaras el té aquí.

TRIN. Esta es una ofensa para todas las mujeres que honramos esta casa.

PRIETO Para todas menos para las presentes.

MEL. Lo mismo ha dicho ante otro grupo de señoras.

PRIETO Hay que ser galante con las damas.

TRIN. Así resulta una ofensa para todas.

PRIETO No siempre están presentes amigos discretos. (Levantándose.) Pero ustedes tendrán que hablar seguramente.

CONCHA Nosotras, no.

PRIETO Ya sé yo que tú, si mucho tienes que decir a los caballeros, nada tienes que contar a las señoras. Ves, esto me gusta en ti. Me refería a mis queridos amigos don José y doña Trinidad. Conchita, (Dándole el brazo.) ¿me acompañas?

CONCHA ¡No, porque después se murmura!

TRIN. ¡Ande, ande! ¡Quién habla de murmuraciones! Además, que sitios hay en la casa para no ser vista si una quiere no serlo.

PRIETO Luego me los enseñará usted, doña Trini, con permiso de don José.

MEL. Yo no doy semejante permiso. ¡No faltaba más!

TRIN. Ni yo hago uso de él.

PRIETO Pues sin permiso.

CONCHA ¡Es atroz!

MEL. No se puede hacer caso de lo que diga.

TRIN. Naturalmente.

PRIETO Naturalmente, si hiciese usted caso...

TRIN. (A Concha.) ¡Sáquemelo usted de aquí, sáquemelo usted de aquí!

PRIETO (Haciendo mutis con Concha, riendo.) ¿De dónde? (Después de un momento destinado a cerciorarse de que se han quedado solos.)

MEL. ¿Y nuestra hija?

TRIN. En las Adoratrices está. ¿No la visitas?

MEL. ¿Con qué pretexto? ¡No voy a preguntar por ella!

TRIN. Es muy mona; tu misma cara.

MEL. Gracias por el requiebro.

TRIN. Los de Miraflores tienen también allí una hija; tú eres amigo de la casa, cualquier día te convidas. Anda con cuidado porque él es

hombre... No deja que su mujer tome té por evitar se le ocurra venir a tomarlo aquí. ¡Una tontería! ¿Qué pasa de particular en esta casa? Nada absolutamente. Pero ella no hace caso y viene.. viene... ¿Cómo podría vestir tan a la moda?

MEL. ¿Juega?

TRIN. ¡Ya lo creo! ¡Como una loca!

MEL. Nunca fué muy cuerda. ¿Gana?

TRIN. Siempre que otro pierde.

MEL. ¿Vamos a recorrer los otros salones?

TRIN. Pienso retirarme pronto. ¿Por qué no vienes a casa?

MEL. Porque hay cosas que a los hombres no nos deben ocurrir más que una vez en la vida. Pasé un mal rato.

TRIN. Ya viste qué bien salí del paso.

MEL. Eres una heroína. ¿Vienes?

TRIN. Por poco tiempo.

MEL. El que tú quieras. (Mutis fondo derecha.)

ESCENA II

ERNESTO y LEONOR

Ernesto, que aparece fondo, mezclado con la demás concurrencia, hace señas a doña Leonor, y adelantan los dos hacia primer término

LEONOR ¿Qué quiere usted de mí con tanto misterio?

ERN. Un favor.

LEONOR Si apenas le conozco a usted. ¡Viene usted tan poco por aquí!

ERN. Lo suficiente para que me haga usted un favor con garantías.

LEONOR Usted dirá en qué puedo serle útil, duquesito.

ERN. Necesito dos mil pesetas para sacar de un apuro a un amigo.

LEONOR O a una amiga.

ERN. Es igual.

LEONOR No las tengo.

ERN. Le ofrezco en garantía esta pitillera que costó siete mil hace poco más de un mes. Fíjese usted, cuajadas de brillantes están las dos coronas.

LEONOR Con la garantía de esta alhaja no se pueden dar más de quinientas pesetas.

ERN. ¡Me ofende usted al pensar que soy yo tonto! Necesito dos mil, y esta pitillera y mi persona las merecen.

LEONOR Toma, yo necesito dos millones y nadie me los da. Además, que con las quinientas que yo le doy, puede usted ganar las mil quinientas que le faltan.

ERN. ¿Pero usted cree que soy tan infeliz como esos que vienen a dejarse aquí los cuartos? Yo no frecuento su casa de usted para jugar. Necesito dos mil pesetas para sacar de apuros a una señora. Si no me las da con el interés que usted quiera...

LEONOR Le doy a usted quinientas a devolver seiscientas mañana.

ERN. ¡Si vale siete mil!

LEONOR Pues me devuelve usted seiscientas y se gana usted seis mil cuatrocientas. ¡El negocio es redondo para usted!

ERN. Cualquier prestamista me daría más de tres mil.

LEONOR ¡Pues vaya usted!

ERN. Es que me da vergüenza empeñar una alhaja con los escudos de mi casa.

LEONOR Aquí no hay más alhaja que usted.

ERN. ¡Señora!... Yo no le he dado libertad para tanto! Si no le conviene lo que le propongo, lo dice usted y basta.

LEONOR No se enfade usted.

ERN. No me enfado, pero tengo empeño en favorecer a una amiga. Jugar, ya habrá usted notado que no juego. Es una cuestión de honor.

LEONOR El honor de una mujer es también cuestión de juego.

ERN. No es lo mismo.

LEONOR Bien, bien. Yo tengo que hacer mucho en el despacho.

ERN. ¿Me da usted o no las dos mil pesetas?

LEONOR No puedo.

ERN. Perfectamente. Para otra vez sabré a qué atenerme. (Acción de hacer mutis derecha fondo.)

LEONOR ¿Será capaz de sufrir la vergüenza de empeñar esa alhaja?

ERN. Mandaré a otra persona; pero yo entrego a esa dama las dos mil pesetas antes de diez minutos.

LEONOR Vaya, vaya, véngase usted conmigo, le daré las dos mil pesetas, a condición de que me devuelva usted tres mil.

ERN. Mañana mismo.

LEONOR Está bien; pero si no me las devolviese usted, la pitillera quedaría para mí. (Mutis lateral derecha.)

ERN. (Siguiéndola.) Sólo esto me faltaría.

(Se oye gran algarabía de mujeres, y aparece PACA, derecha, seguida de Trini, Concha y Dorotea.)

ESCENA III

PACA, TRINI, CONCHA y DOROTEA; luego LOLA y JULIANA

TRIN. Gracias a Dios que os vemos por aquí.

CONCHA ¿Qué ha sido de Luis, Antolín y Lola?

PACA En el saloncito se han quedado. Luis se trae una joven que es un encanto. Viene engañada la pobre.

DOR. ¿Y Lola? Será de ver la cara que pone.

LOLA A Lola le ha dicho Luis, que se lleva la niña para sacarla una fotografía en el momento de entrar en el salón; pero a la joven la dice que no hará más que saludar a los padres de Luis, y que luego la llevará otra vez a la dehesa.

TRIN. ¿Y ella... inocente en absoluto?

PACA ¡Por completo! Es la hija de los colonos que nos recogieron y nos han atendido estos días. Luis la ha invitado a dar un paseo en auto, y aquí la tenemos. Ese Luis es muy mala persona y no deberíamos permitir que se cometiese con la joven una villanía.

CONCHA Quizá cumpla Luis su palabra de acompañarla luego a casa.

TRIN. Luego, sí; luego de... saludar a sus padres. ¡Buenos son ellos y bueno es él!

PACA Luis abriga muy malas intenciones.

CONCHA ¿Y Antolín?

PACA Antolín es otro pícaro; pero no han de salirse con la suya: hablaré yo antes con doña Leonor.

TRIN. Como a Luis le queden aún billetes...

PACA Le quedan.

TRIN. ¡Ah, pues entonces el tuyo será tiempo perdido!

PACA Es una hermosura la niña, ¡ya la veréis!

CONCHA ¿Y dices que Antolín es un pícaro?

DOR. ¡La da celos esa joven campesina!

PACA Lo que me da es lástima.

TRIN. Quizá no es tan inocente como tú te figuras.

PACA He dicho que la niña viene engañada, completamente engañada.

CONCHA ¡Bueno, mujer; aquí entra y sale todo el mundo como quiere y cuando quiere! ¡No se la van a comer!

DOR. Esto es un palacio.

CONCHA Convertido en hotel con... varios *cabarets;* nada más.

TRIN. En eso, Concha, lleva razón. Esta no es una casa de mala nota. Nosotras damos fe de ello. Luis la galanteará, ¡eso sí!, pero otra cosa no, y quien únicamente habría de sentirlo es Lola.

CONCHA Para chasco que fuese la niña la que galantease a Luis, después de los escrúpulos de Paca.

PACA ¡Claro, como no la conocéis, pensáis!... (Mirando fondo derecha.) Hacia aquí viene con Lola.

(Paca cierra la puerta para que Juliana no vea a los jugadores. Aparecen derecha, fondo, Lola y Juliana. Lola, tirando casi de Juliana; ésta resistiéndose y andando temerosa y despacito.)

LOLA Anda, tontina, que no te van a comer.

(Las demás mujeres la miran con curiosidad; Juliana baja los ojos para no verlas tan descotadas.)

PACA No temas, hermosa, no temas.

TRIN. ¿Cómo te llamas, niña?

JUL. Juliana.

TRIN. ¿A qué has venido?

JUL. He salido a dar un paseo con esas señoras (Señalando a Paca y a Lola.); pero el señorito Luis se ha empeñado en que saludara a sus papás, y me ha traído a este palacio. Cuando los papás del señorito Luis regresen del teatro, donde ahora están, me llevarán de nuevo a casa en el mismo automóvil.

TRIN. ¿De suerte que tú no has venido para quedarte... con los papás de Luis?

JUL. No, señora, no. Yo quiero volver pronto a la dehesa. El señorito Luis no debía haberme traído aquí sin decírselo a mis papás. Otro

día, quizá con ellos, hubiera visitado a los suyos, pero él lo ha querido y como el coche corría tanto.. .

CONCHA Quizá, después de hablar con los papás de Luis, cambies de opinión.

JUL. No, señora, no. Yo no podría vivir sin mi madrecita.

TRIN. ¿Tienes novio?

(Juliana baja los ojos avergonzada.)

LOLA Sí, tiene un novio muy guapo y muy arisco.

PACA Es un joven labrador simpatiquísimo, que tiene tanto de campesino como de señorito.

(Todas ríen mirando a Paca.)

LOLA Es su tipo.

JUL. ¿Se burlan ustedes de Manolo? No se burlarían si le vieran.

DOR. ¿Nos pegaría?

JUL. No; que él no pega más que a los hombres malos y a los lobos.

TRIN. ¡Burlarnos de tu novio! ¡No, hija, no; te damos la enhorabuena y además un consejo: no lo traigas por acá.

CONCHA ¿Por qué no nos sentamos?

LOLA Tienes razón, Concha, siéntate.

(Se sientan.)

JUL. ¿Tardarán mucho en venir los papás de su señor marido?

(Las mujeres se miran sorprendidas.)

LOLA Los papás del señorito Luis no pueden tardar. Siéntate.

JUL. Si no han de tardar, ¿para qué? Estas señoras deben ser las primas y las hermanas del señorito Luis, y esos señores que se ven por ahí son sus maridos, ¿verdad?

LOLA Sí; nuestros maridos están por ahí divirtiéndose.

JUL. Que no beban tanto como bebían en casa.

(Las mujeres se vuelven a mirar y ríen por lo bajo.)

TRIN. ¿Bebían, bebían?

JUL. Anoche, anoche bebieron mucho. (Pausa.) ¿Todos esperan a los señores Duques?

LOLA Sí, sí, todos los esperamos

JUL. Cuando su señor marido me lleve otra vez a casa, ¿me acompañará usted también?

LOLA Sí.

JUL. ¿Y usted, señorita Paca?

PACA Lo que importa es que te lleven pronto.

JUL. Por mí, en seguida. Vamos a decírselo al

señorito Luis. Ya volveré otro día con mis padres o con Manolo, recién casados.

TRIN. ¿No te gustaría vivir en este palacio?

JUL. No, señora.

TRIN. ¿Por qué?

JUL. Porque... porque ustedes enseñan demasiado los hombros.

VARIAS ¡Miren, miren la lugareña!

TRIN. La verdad es que no sé por qué los exhibimos. Nadie los mira.

CONCHA ¡Los han visto tanto!

PACA Es que sienten calor.

JUL. ¡Si estamos en invierno!

DOR. ¡En la calle! ¡Aquí dentro estamos en verano todo el año.

JUL. Ni aun en verano voy yo tan destapada.

LOLA No se lo permitiría su novio.

JUL. Me daría vergüenza.

PACA Que es como decir que nosotras no la tenemos, y quizá esté en lo cierto.

(Aparecen lateral derecha Leonor y Luis; éste metiéndose en el bolsillo una cartera.)

ESCENA IV

LAS MISMAS, LEONOR y LUIS; luego menos LEONOR y más MELGAR, SOTO, PRIETO y ERNESTO; después más LEONOR y ANTOLÍN y menos ERNESTO y OTROS

LUIS Esta es la bella hija de los colonos que tan noblemente se han portado con nosotros. Cuando lleguen mis padres del teatro, hágame el favor de avisar.

LEONOR ¿Tienes prisa por volver a casa, hija?

JUL. Calcule usted, señora, cómo estarán mis padres.

LEONOR ¡Qué hermosa eres! Mejor saldrías quedándote aquí con los señores; pronto te casaríamos con un príncipe.

JUL. Yo no quiero casarme más que con Manolo.

LUIS Un novio que tiene en la colonia.

LEONOR ¡Ah, pues si ya tienes novio en el pueblo, mucho mejor para quedarte aquí y tomar novio en la capital!

JUL. (Echándose para atrás mirando asustada a Leonor hasta ponerse al lado de Paca como buscando amparo.)

No, no; yo no quiero más novio que Manolo. ¡Lléveme a casa, señorita Paca, lléveme a casa!

LEONOR Señorita Lola, tengo un recado para usted muy urgente y muy importante; la espero en el despacho. (Mutis lateral derecha.)

LOLA Estoy con usted al instante. (A Luis.) ¿Qué me querrá?

LUIS Tiene para ti un paquetito y un estuche.

LOLA ¿De quién será? Voy a verlo. (Mutis lateral derecha.

TRIN. Le damos a usted la enhorabuena... la enhorabuena por haber salido ileso del percance automovilista.

VARIAS Sí, sí, nuestra enhorabuena.

LUIS Muchas gracias, mis queridas... primas.

JUL. (A Paca.) ¿Quién es aquella señora?... Me da miedo.

PACA ¿Quieres venir conmigo esta noche?

LUIS (A Trini, media voz.) Esta Paca es tonta.

JUL. Deseo ir a casa.

LUIS Ya irás, monísima, ya irás.

JUL. ¿Quién es aquella señora?

LUIS Una tía mía.

JUL. Me da miedo.

(Aparecen fondo derecha Melgar, Soto, Prieto y Ernesto.)

MEL. Venimos a ver a la gentil campesina.

S TO No se habla de otra cosa en la casa.

ERN. (Acercándose a ella.) ¡Qué encanto de niña!

PRIETO Nosotros somos los esposos de estas señoras, primas de Luis; como si dijéramos, somos de tu familia.

JUL. Yo no tengo más familia que mis padres.

MEL. Algo arisca es la niña.

LUIS Nada temas, hermosa.

JUL. Más hermosa que yo es su señòra.

PRIETO Se conoce que no está acostumbrada a los requiebros.

SOTO Ya se acostumbrará.

ERN. Déjenla.

MEL. Echémosle un piropo cada uno, a ver si se ablanda.

ERN. El mejor piropo que se puede echar a esta joven es respetar su sencillez y su pureza.

LUIS ¡Vaya, otro caballero andante!

ERN. No soy más que caballero, y usted ni caballero siquiera.

MEL. Se conoce que ha perdido.

ERN. Pero no la vergüenza.

LUIS La había perdido antes.

ERN. Usted no la pudo perder nunca.

CONCHA Vamos a tener disgustos por una cosa que no vale la pena.

PACA ¡Sí vale la pena!

(Aparece Antolín lateral derecha.)

ANTOLÍN (Desde la misma puerta.) ¡Paca, ven!

PACA ¡Ya voy!

ANTOLÍN ¡Que vengas digo!

PACA (Yendo hacia él.) ¿Qué me quieres?

JUL. (Cogida a Paca.) No me deje usted, no me deje.

LUIS (Separándola de Paca.) No temas, niña, no temas.

ANTOLÍN ¡Anda pa dentro! (Viendo que Paca no obedece, la empuja.) ¡Anda, digo! (Mutis con ella.)

JUL. (Primero se dirige a los concurrentes en ademán suplicante, luego, fija la vista en el techo, dice:) ¡Dios mío, que me lleven a casa!

ERN. Es usted un noble que arrastra por el lodo la memoria y los títulos de sus antepasados. ¿Qué dirían si levantaran la cabeza?

LUIS Seguramente dirían que no es de cuerdos meternos en lo que no nos importa.

ERN. Morirían otra vez de vergüenza al ver la bajeza en que han caído sus descendientes.

LUIS ¡Esas palabras!

ERN. Se mantienen con las armas en la mano.

LUIS Está bien; mañana recibirá usted mis padrinos.

ERN. Hoy, hoy; en el Casino esperarán dos amigos míos.

LUIS Mañana, mañana.

ERN. Hoy mismo; en caso contrario aquí vendrán por usted.

LEONOR (De la lateral derecha seguida de Antolín.) ¿Qué ocurre?

ERN. Que en su casa de usted, señora, pronto no podrá venir más que cierta gente.

LEONOR No sé por qué.

ERN. Porque no es ya un sitio de reunión y de recreo para la gente joven y alegre de Madrid; es refugio de rufianes. (Los presentes protestan de las palabras de Ernesto con murmullos; algunos van a protestar de palabra; doña Leonor se impone y dice con hipocresía.)

LEONOR Se engaña el duquesito. La casa no ha variado de concurrencia ni de costumbres. Supongo que al salir no cometerá usted una bajeza.

ERN. ¿Por quién me ha tomado usted? Mas no olvide que quien no la merece no debe fiar mucho en la caballerosidad de las personas.

ANTOLÍN (Aire chulesco.) ¡Aquí no necesitamos lecciones de nadie!

ERN. ¡Chulos a mí, no! ¡Y le advierto que a los padrinos de usted los recibo yo a puntapiés y a usted también!

ANTOLÍN (Poniéndose la mano en la americana como si quisiera sacar un arma.) ¡A mí, a mí!

(Luis y Leonor lo sujetan.)

ERN. A usted y a todos los que son como usted. ¡Qué se ha creído esa gentuza! (Mutis fondo derecha; todos le abren paso.)

LEONOR ¡Vaya un escandalazo!

TRIN. Por cualquier cosa se les sube el santo al cielo a estos hombres. ¿Dónde andará mi marido? Voy en su busca.

MEL. ¿Llevan coche?

TRIN. No; pero lo tomaremos. Muchas gracias. (Mutis fondo.)

CONCHA (A Prieto.) ¿Llevas auto?

PRIETO Sí.

CONCHA ¿Me acompañas?

PRIETO Con mucho gusto. Buenas noches.

VARIOS Buenas noches.

CONCHA Muy buenas.

(Prieto da el brazo a Concha y hacen mutis los dos fondo derecha. Juliana se sienta en un rincón y llora.)

SOTO (Mirándose el reloj.) A las ocho estoy citado en la Gran Peña con el marqués de Fuenseca, ¿te quedas?

DOR. No.

SOTO Pues anda, que te acompañaré a casa. Buenas noches.

DOR. Ustedes lo pasen bien.

LUIS / LEONOR } Muy buenas noches tengan ustedes.

DOR. (A Juliana.) Adiós, monina.

LEONOR ¿Volverá usted después a última hora? Esta noche el baile será muy lucido.

DOR. No sé si podré salir. Por la tarde fácilmente se encuentra pretexto; pero por la noche... En fin, lo intentaré.

SOTO Yo no pienso asistir al baile.

DOR. Ah, pues entonces yo tampoco.

SOTO Que se diviertan. (Mutis fondo, del brazo.)

LEONOR (Acompañándoles un momento.) Ya saben ustedes dónde tienen los abrigos. (Pausa.) Estos se van escamados; ¡ya ve usted!

LUIS Otros vendrán, no se apure usted, doña Leonor. (Le hace señas para que se vaya.)

LEONOR Ven, Antolín, que con Paca habéis de ir a un recado. (Mutis lateral derecha.)

ANTOLÍN (Siguiéndola.) Lo que es el Duquesito se acuerda de mí.

ESCENA VI

LUIS y JULIANA

LUIS ¿Por qué lloras, Juliana?

JUL. Si me hubiese usted llevado a casa en lugar de traerme aquí, no lloraría ni hubiera ocurrido lo que acabamos de ver.

LUIS ¿Pero tú crees?...

JUL. No me tutee usted.

LUIS Los otros bien te tuteaban.

JUL. Pero era delante de todos y ahora estamos solos. No quiero que me tutee.

LUIS Bueno, te llamaré Alteza, si lo prefieres, que bien lo mereces por tu hermosura.

JUL. Repito que más que yo es hermosa su señora de usted; y no quiero quedarme sola con usted, ¡vaya! Que venga alguien a hacernos compañía.

(De la lateral derecha salen tres criados vestidos de librea; el primero no lleva nada, el segundo una mesita de centro, el tercero una bandeja con pasteles, copas y una botella de Champagne. Se dirigen a la lateral izquierda. El primero da la llave de la luz de dicha puerta, la abre y se queda a un lado; los otros dos criados entran, el primero se queda en la puerta como esperando órdenes.)

LUIS Cuando regresen mis padres, avisen.
(Criados mutis.)

JUL. ¡Que no se vayan!

LUIS Ya ves, Juliana, que no estamos solos.

JUL. (Enjugándose las lágrimas.) ¿Dónde está su señora?

LUIS ¿Mi señora? Yo no tengo más señora que

usted, Juliana, que es mi reina. Lo del incidente del auto no fué más que un pretexto para verla a usted, para poder estar cerca de usted. Usted es la única mujer a quien yo quiero.

JUL. ¿Luego aquellas señoras no eran esposas de ustedes?

LUIS No.

JUL. ¡Ay, Dios mío!

LUIS Yo soy soltero y puedo hacer de mi persona lo que me dé la gana. La he traído aquí para poderle decir, sin testigos, lo mucho que la quiero; para poderla decir que por usted soy yo capaz de cualquier sacrificio; que si quiere usted me caso y usted será dueña de mi fortuna, de mis autos, de mis tierras, de mis títulos, de mis alhajas, de mis propiedades, que son inmensas.

JUL. (Asustada de la vehemencia que Luis pone en sus palabras.) No, no, señorito. Usted ha de casarse, si no lo estuviere ya, con una duquesa. Yo soy una pobre lugareña que no sabría vestirse siquiera.

LUIS Usted es un ángel, hermosa Juliana.

JUL. ¡Déjeme usted salir a la calle! Ordene que cualquiera de sus criados me acompañe a casa.

LUIS (Acercándose.) Yo mismo la acompañaré dentro de un rato, si dice usted que me quiere.

JUL. ¡Esta no es la casa de sus padres de usted!

LUIS No, es tuya, Juliana, tuya si me dices que me quieres.

JUL. Por favor, no me tutee usted.

LUIS Dime que me quieres.

JUL. (Después de pensar un momento.) Se lo diré, pero no aquí; en otra parte, en el auto. Lléveme usted a casa y por el camino se lo diré.

LUIS En el camino me lo dirás otra vez, pero ahora me lo tienes que decir por vez primera. Precisamente te he traído aquí para eso. Este es salón de amor, de embriagueces, de flores, de perfumes...

JUL. Pero no para mí, señorito, no para mí, porque no merezco tanto.

LUIS Te mereces más, el sol te mereces por tu hermosura.

JUL. Las palabras de usted me hacen mucho daño, mucho daño. ¿Por qué me las dice?

¿Por qué se empeña en lo que no puede ser?

LUIS — Anda, siéntate a mi lado.

JUL. — (Huyendo.) ¡Oh, no, no; por favor, don Luis; por favor, señorito. Tenga piedad de mí.

LUIS — Si lo que yo siento por ti es locura, es frenesí de besos...

JUL. — Me da usted mucho miedo y mucha lástima. Déjeme usted ir a casa. Le querré mucho, le querré toda la vida, pensando que a usted deberé la honra.

LUIS — A peso de oro la quiero pagar yo para gozarla.

JUL. — (Suplicando.) ¡Por su madre de usted! ¡Por su hermana de usted! ¡Por su hija de usted, si la tuviere! ¡Piense usted en si una hermana de usted se encontrase en el trance que yo me encuentro ahora!

LUIS — Yo no pienso más que en ti en este... (Acercándose a ella.)

JUL. — Si adelanta usted pido socorro.

LUIS — (Cogiéndola de la mano.) Nada temas; ven.

JUL. — ¡Socorro, socorro!

LUIS — (Soltándola.) ¿Pero has creído que hablaba en serio? Sólo quería probar la fortaleza de tu amor para con Manolo. Yo te quiero mucho, pero por lo mismo que te quiero, nada he de intentar contra ti. Te deseo feliz con Manolo, y asimismo se lo diré a mis papás para que os cedan, en pago de los buenos servicios que nos habéis prestado, una de sus heredades.

JUL. — (Con astucia y mimo.) ¿Vamos a esperarlos en la puerta? Así al oir sus pasos la abriremos.

LUIS — Para eso tenemos porteros y criados.

JUL. — Sí, sí, es verdad. Además, como la puerta está cerca de aquí nos daremos cuenta de la llegada de sus papás de usted. ¿Está cerca de aquí la puerta de entrada, verdad?

LUIS — Sí; por la izquierda, dos salones más allá.

JUL. — Ya me lo había parecido. ¡Qué grande y qué bonita es esta casa! ¿Por qué no me la enseña usted mientras vienen sus papás?

LUIS — Luego, con ellos, la seguiremos toda.

CRIADO — (Puerta lateral derecha.) Los señores Marqueses acaban de llegar. (Mutis.)

LUIS — Ah, ¿oyes? Acaban de llegar. Ven, ven. (Yendo hacia ella; Juliana distraídamente se va separando.)

JUL. Entre usted primero... prepáreles usted; ¿qué dirían de mí? Antes es preciso que usted les cuente de qué joven se trata. ¡No vayan a creer otra cosa! Entre tanto, me serenaré un poco, me secaré las lágrimas... Me compondré el tocado. (*Haciéndolo.*) ¡Por que yo soy muy coqueta, no vaya usted a creer!

LUIS (*Un momento indeciso no sabiendo si Juliana es o no sincera.*) ¿No me engaña usted?

JUL. ¿Engañarle yo? ¿Había de negarme a ver a sus papás de usted, siendo tan grandes señores como sin duda son? ¡Poquitas ganas tenía yo de ver a grandes señores! (*A una indicación de Luis.*) Sí, sí; voy en seguida. (*Luis vacila un momento, luego hace mutis lateral izquierda, corriendo fondo derecha como si invocara.*) ¡Virgen del Carmen! (*Telón rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Al levantarse el telón estarán en escena Carrasco y Joselito. Este aplicando el oído a la cerradura de la puerta primera derecha.

ESCENA PRIMERA

CARRASCO y JOSELITO

CAR. ¡Ptss!... ¡Ptss!... No levantes tanto la voz que te van a oir los amos.

JOS. (Ahuecando la voz.) Te digo, Carrasco, que es Juliana la que habla; llegó esta madrugada con Manolo.

CAR. ¡Quítate, a ver! (Se pone donde Joselito, pero antes de aplicar el oído, aplica la vista.) No veo más que al amo. La voz de Manolo sí la oigo.

JOS. Pues *denantes* era Juliana la que hablaba.

CAR. Sí, sí; ¡calla! Ahora habla Juliana, pero tan bajito que no se la entiende. ¡Uy! ¡Qué voz más quejumbrosa!

JOS. Te digo, Carrasco, que llegó esta madrugada mientras yo estaba dando pienso a mi borrica. Primero ha *sonao* el ruido de un carruaje que entraba en el patio; luego he oído sollozos. Heme *asomao* a la puerta del corral y he visto al amo y a Manolo que desenganchaban la mula de la tartana.

CAR. ¿La mula de la tartana? Pues así mientras nosotros dormíamos anoche, el amo se fué a esperarlos a la estación. ¿Y cómo sabía el amo que llegaban Juliana y Manolo?

JOS. ¡Toma!, por uno de esos papeles que Manolo mandaba de cuando en cuando dando noticias de Juliana.

CAR. ¡Eso será! Y ahora me explico por qué el señor Antonio quitó ayer los cascabeles de las guarniciones. No quería nos enterásemos que llegaba Juliana. ¿Por qué no querrá que nos enteremos?

JOS. Por el pueblo *icían* que allá en Madrid pasó tantas y cuántas. ¡Tú verás con lo chismosa que es la gente!

CAR. *Cudiao,* que sale el amo.

ESCENA II

DICHOS más ANTONIO, luego MANOLO

ANT. ¿Qué hacéis aquí vosotros?

CAR. Nos ha *parecío* oir la voz de Juliana y pensábamos saludarla.

ANT. No os habéis *engañao*. Llegó anoche con Manolo.

CAR. ¿Está *güena?*

ANT. *Güena.*

CAR. *¿Güena* del *tóo?*

ANT. *Güena, güena* del *tóo,* no; pero está *güena.*

CAR. ¿Y fué verdad lo del *autromóvil* que se escacharró por esas carreteras adentro, y que la *probecica* ha *estao* tres meses si te mueres si no te mueres?

ANT. Sí, sí; *tóo* ha *sío* verdad.

CAR. ¡Cuando yo digo, mi amo, que no hay para andar como unas güenas alpargatas!

JOS. (Lloriqueando.) ¡La *probecica!*

ANT. Pero ahora ya está *güena.*

CAR. Pues si está güena, ¿la podremos ver?

JOS. ¿La podremos ver, señor amo?

ANT. (Desde el umbral puerta derecha.) Juliana, aquí están Carrasco y Joselito que desean verte.

MAN. (De la puerta primera derecha.) Está muy fatigada, Carrasco, está muy fatigada. Ya la veréis otro rato; dejadla descansar.

CAR. *Pa* mí que descanse. Ese Joselito es el que la quería ver.

MAN. Ya la veréis después de comer; ahora que descanse.

CAR. ¿Pues no estaban *iciendo* por ahi que no la

veríamos más, porque se había ido no se sabía con quién ni a dónde?

MAN. No se fué con nadie; decidlo bien alto. El auto aquel se estrelló. Uno de los señoritos quedó muerto; otro salió del trance sin ambas piernas; de las dos señoras, una murió y la pobre Juliana estuvo semanas si se va a morir si no se va a morir. Decídselo a todo el mundo, para que se enteren en los pueblos y caseríos de la redonda.

CAR. Pues vamos a *icirlo.* (A Joselito.)

JOS. Vamos. (Se acerca a la puerta primera derecha, la abre un poco y dice:) Adiós, Juliana.

JUL. (Dentro.) Adiós, Joselito.

JOS. (Haciendo mutis con alegría.) ¡Me ha *contestao,* me ha *contestao!*

CAR. (Fuerte.) Adiós, Juliana.

JUL. (Dentro.) Adiós, Carrasco.

CAR (Haciendo mutis con Joselito.) A mí también me ha *contestao.*

ESCENA III

ANTONIO y MANOLO; luego más JULIANA y menos ANTONIO

MAN. Ahora que estamos solos, señor Antonio, le pido que ajuste mi cuenta.

ANT. ¡Tu cuenta! ¿*Pa* qué?

MAN Me voy.

ANT. ¿Que te vas? ¿A dónde?

MAN. Dónde, no sé, pero me voy.

ANT. ¿Es que te marchas de casa, de nuestra casa, me abandonas, nos abandonas?

MAN. Sí, sí, mi amo; me voy.

ANT. ¡Tú también, Manolo, tú también!

MAN. Lo siento mucho, señor Antonio; pero yo no veo claro lo del automóvil.

ANT. ¿No encontraste a mi *probecica* hija en un hospital?

MAN. Sí, la encontré en un hospital, pero en el hospital sólo ella hablaba del accidente. Los demás a mis preguntas callaban y... Mire usted, señor Antonio, no me haga usted hablar. Ajústeme usted la cuenta y lo de hoy ya pasará; otros se casarán con Juliana.

ANT. ¡Ah, pero dudas de ella!

MAN. No veo claro; Juliana no dice la verdad de cuanto pasó. De esto estoy seguro. Ignoro qué fué de ella en Madrid; pero sí sé que no ha sido lo que Juliana dice.

ANT. Antes es preciso hablarla para que nos diga la verdad.

MAN. Yo he querido saberla completa; pero no insistí mucho por no darle un disgusto. ¡Está tan enferma!... Lo mejor es que me marche. He fingido creerla; pero no la creo.

ANT. ¡Y si nos matas a los dos, o a los tres, porque ya sabes como está su pobre madre!

MAN. Ya pasará, todo pasa en este mundo. La salud vuelve y la alegría también. Todo pasará. Ajústeme usted la cuenta. Yo me despediré de ella en una carta. La diré una mentira piadosa. Que me he ido por unos días; que no me despido personalmente por no darle un disgusto; hasta le diré que la quiero mucho y será verdad.

ANT. Pues entonces...

MAN. Es que no debo quererla.

ANT. ¿Pero tú crees que Juliana tiene una falta en su vida?

MAN. (Con vacilación y sin apenas pronunciar la sílaba.) Sí.

ANT. Pues antes muerta que esta duda. (Desde la puerta.) ¡Juliana! ¡Juliana!

JUL. (Puerta primera derecha.) ¿Me llama usted, padre?

ANT. Manolo quiere que le ajuste la cuenta.

(Al recibir la noticia, Juliana se tambalea como si perdiera el conocimiento y se sienta donde más próximo puede hacerlo.)

MAN. ¿Qué tienes? ¿Te sientes mala?

JUL. Es la debilidad. ¿Por qué te quieres marchar, Manolo? (Pausa.) ¿Por qué?

ANT. Díselo, díselo. (Viendo que nada dice Manolo.) No cree nada de cuanto le has contao y quiere marcharse por no sé qué sospechas.

MAN. Me voy porque no me dices la verdad; únicamente por eso.

JUL. Padre, ¿me quieres dejar un momento sola con Manolo?

ANT. (Yendo hacia fondo.) ¡Lo que tú digas, hija mía, lo que tú digas!

JUL. No se separe usted de mi pobre madre. (Antonio mutis primera derecha.) ¿Por qué quieres dejarnos, Manolo?

MAN. Porque tú no me dices la verdad, y al negármela supones que no puedo conocerla.

JUL. Tienes razón. Conste, ante todo, que si mentí no fué con la esperanza de ser tu esposa, que no puedo serlo, Manolo, con verdad ni con mentira. Te contaré, sin embargo, mi desgracia, para que no te vayas de esta casa con un mal pensamiento contra mi persona; que no lo merezco, aunque no sea, por mi mal, digna de tu cariño.

MAN. ¡Ya lo sospechaba!

JUL. ¡Pero no por lo que tú crees!

MAN. Lo que yo creo es que te dejaste engañar por aquellos señoritos y que te fuiste con ellos a pasar unos días alegremente.

JUL. Es lo que sospecharía todo el mundo; pero yo esperaba de mi Manolo otras opiniones.

MAN. ¿Qué puedo pensar? Ocho días anduve por Madrid preguntando por ti en el Juzgado de Guardia, en las Delegaciones, en los periódicos. Por fin, te encontré en un hospital. Entraste el día veintiocho de Enero, ocho después de haber salido de esta casa. Y en la nota de entrada se dice: «Recogida en la calle, accidentada de hambre y de frío.» ¿Y tú sabes a qué hospital fuiste conducida?

JUL. Lo sé, Manolo; he aprendido mucho en tres meses de mundo. (*Pausa fatigada.*) Te ruego que tengas calma para escucharme y que después hagas lo que bien te parezca; pero sea lo que fuere, desde ahora te digo y repito que no puedes ser mi esposo; no por tu voluntad, sino por la mía, y, además, por lo que vas a saber. Aquellos miserables me llevaron, con engaños a un palacio, diciendo que era el de los padres de Luis. El pretexto fué que los saludara, que recibiera de sus labios las gracias por los cuidados que al hijo habíamos prodigado en esta casa y que, luego, de nuevo, sería conducida aquí. Uno de aquellos señoritos pretendió engañarme; comprendiéndolo yo, intenté huir; pero me detuvieron varios criados antes de llegar a la puerta y entre todos hicieron de mí lo que les dió la gana... (*Baja los ojos avergonzada; Manolo hace ademán de interrogar.*) No me preguntes más...

MAN. Pero bien, ¿qué fué de ti después? ¿Cómo saliste de aquella casa?

JUL. Me negué a tomar alimento alguno para que me muriera o para que, enflaqueciendo y enfermando, no inspirara malos deseos. A los ocho días de tenerme encerrada, temiendo que me muriera, una madrugada me metieron en un coche y me dejaron en no sé qué sitio de Madrid. Ya sabes la verdad; ahora, vete. Pero vete teniendo la seguridad de que, si ultrajaron mi cuerpo, no ganaron mi voluntad. Una sola cosa quiero rogarte y es que nada digas a mis padres ni a tu confesor, de cuanto acabas de saber. (Manolo se acerca a Juliana, la levanta un poco la frente y le da un beso en ella; luego coge una silla y se sienta a su lado.) Ya te he dicho que no quería ni debía ser tu esposa; no merezco serlo. Este beso que me has dado es un bálsamo para mí y no quiero otro.

MAN. ¿No recuerdas a qué palacio fuiste conducida?

JUL. No, ni me lo propuse averiguar.

MAN. ¿Fué Luis?

JUL. Ten compasión de mí y no prolongues mi tormento. Tú te vas, recoges lo tuyo y yo te daré un recuerdo mío. Escríbeme de cuando en cuando, para que reciba el consuelo que para mí serán las noticias tuyas. Cásate, sé feliz y ten un triste recuerdo para esta desgraciada, que hubiera sido muy dichosa siendo tuya. (Llora.)

MAN. (Que no ha oído lo que dice Juliana, absorbido el pensamiento por una idea fija.) Luis, ¿qué era? ¿No pudiste averiguar si era duque de qué o marqués de cuánto?

JUL. No pude averiguar nada, ni lo intenté siquiera. ¿Para qué saber de un miserable?

MAN. Tú... ¿te defendiste?

JUL. (Con coraje.) ¡Ah, sí, sí; eso sí; me defendí como una leona! Cuando volví a verle, Luis llevaba un brazo en cabestrillo. No sé si fué a consecuencia de la lucha que con él sostuve o de un desafío que hubo por mi causa... (Al ver que Manolo se dispone a preguntar de nuevo.) ¡Sé bueno, Manolo, sé bueno! ¿Por qué me atormentas tanto? Tenme compasión, aunque sólo sea por mi desgracia, si

otros motivos no hallaras en quien tanto te quiso.

(Manolo se pasea cabizbajo por toda la estancia. Juliana le observa a hurtadillas, siempre que aquél vuelve la espalda, adivinando los pensamientos de Manolo.)

MAN. He pensado irme por unos días en vez de hacerlo para siempre. Mañana me voy; pero volveré y luego ya veremos lo que se hace.

JUL. ¿A dónde quieres ir?

MAN. A Madrid. Los empleados del hospital se portaron muy bien conmigo. Allí y en una taberna cercana, dejé a deber unas pesetas y voy a pagarlas.

JUL. Ya las pagará mi padre; es justo que él las pague.

MAN. No conviene que el señor Antonio vaya a Madrid y menos que hable según con quién.

JUL. Tienes razón.

MAN. Además, de paso arreglaré otras cuentas.

JUL. ¿Tuyas?

MAN. O tuyas, es igual. Lo mío era tuyo y lo tuyo mío.

JUL. No, no, Manolo, no; no vayas.

MAN. (Cogiéndole una mano y mirándola a los ojos.) ¿Le quieres?

JUL. (Ofendida.) Ve y mátale. (Luego con ternura.) No, no, Manolo; no vayas; tú no puedes reñir con cierta gente. Ellos son unos cobardes, pero saben mucho. Tú eres todo corazón y voluntad; no vayas. Además, yo ya no valgo un sacrificio tuyo. Y si fueses, o habrías de ser asesino y entonces no te vería más... Dispensa el cariño que esta frase encierra. Sé que no debo quererte, que no puedo quererte; pero tolera este cariño que te tengo y que no es digno del tuyo. No vayas a Madrid. Si dieras con aquel miserable, o habrías de ser asesino, o, si te batieras con ellos, te matarían.

MAN. ¿He de irme dejándote así sin castigar al villano? Tu padre, el pobre, ya no puede; además, tus padres no han de saber nada, no han de saber nunca nada de tu desventura... Pero el hecho no puede quedar sin castigo. Si se acude a la justicia, la deshonra es mayor y la justicia no se cumple. No hay más justicia que la que uno se toma.

JUL. No, Manolo, no. Entonces te perdería para

siempre y te perderías por mí, que ya no tengo remedio. Déjame; basta con una desgracia. Vete.

MAN. ¿Pero tú crees que yo podría vivir sin ti y sin castigar la ofensa que contra ti cometieron? Además, ¿para qué quiero yo la vida? La quise para ti, y tú...

JUL. ¡Manolo!

MAN. No sé lo que me digo; pero sea lo que fuere, separa toda intención de ofenderte. Para mí eres más sagrada ahora que antes. Lo malo es que, al caer tú, ha caído toda mi vida y todas mis ilusiones.

JUL. Ya volverán, Manolo, ya volverán. Las mías sí que no pueden volver.

MAN. Lo mismo que las mías. Dentro de unos meses, nadie se acordará de eso y tú serás tan hermosa como fuiste.

JUL. Te engañas, Manolo. Hay una hermosura que sólo se puede perder una vez. He aprendido mucho por mi desgracia y la tuya, y más en el hospital que en aquella maldita casa. Ya no puedo ser lo que fuí, y no valgo, repito, un sacrificio tuyo. Vete y no te ocupes de mí.

MAN. ¿Es que me quieres fuera de tu casa?

JUL. ¡Pobre de mí! Qué más quisiera yo que tenerte a mi lado toda la vida... ¡Si tú supieras!... La desgracia es mayor que la que tú te figuras. Mis padres se van a morir de pena y yo quedaré sola y abandonada.

MAN. Tus padres no han de saber nada.

JUL. Hay cosas, Manolo, que pueden ocultarse un mes; pero no es posible ocultarlas siempre.

MAN. ¿Qué estás diciendo, desgraciada?

JUL. Si resultan ciertos mis temores, no me queda más recurso que el suicidio, porque con él serán menos mis penas y las de mis padres.

MAN. ¡Pobre criatura! (Amenazador, mirando al foro.) ¡Ah, miserables, miserables!

JUL. (Después de observarle un momento.) ¿Te irás? Sí, vete; pero no a Madrid.

MAN. Déjame un momento solo.

JUL. ¡Manolo!

MAN. No temas.

JUL. (Alarmada.) ¿Qué piensas hacer? ¡Dime que no me darás un disgusto mayor que el que he recibido!

MAN. Quiero serenar mi espíritu para hacerme cargo de tu situación y de la de tus padres.

JUL. Prométeme que no te perderás por mí.

MAN. Bien, bien.

JUL. ¡Júramelo! (Pausa.) ¡Júramelo por la memoria de tu santa madre, que debe estar en el cielo sólo por haber sido tu madre!

MAN. Bueno, bueno...

JUL. (Arrodillándose a sus plantas.) ¡Júramelo!... ¡Por tu madre, por... mí! (El mí muy débil, como si se avergonzara de ello.)

MAN. Sí, te lo juro por mi madre y por ti también, Juliana, que bien mereces un sacrificio. (Levantándola.) Ahora a tomar alimento. Mira, ya estoy sereno. A tomar alimento que ya es la hora.

JUL. ¿Aun te acuerdas de la que me lo daban tus manos cariñosas en el hospital?

MAN. Sí, me acuerdo.

JUL. (Con mimo.) Dámelo hoy también, ¿quieres? Vamos, ven conmigo, dámelo hoy también. (Cogiéndolo.)

MAN. ¡Qué buena eres! (Le besa las manos y le ofrece el brazo.)

JUL. ¡Con lo felices que hubiéramos podido ser! (Mirando hacia puerta lateral izquierda.) ¡Malditos seáis!

MAN. Entra, entra. (Mutis los dos primera lateral derecha. Aparecen fondo derecha Carrasco y Joselito.)

ESCENA IV

CARRASCO y JOSELITO, luego MANOLO

JOS. (Sorprendido de que nadie encuentre en la escena.) ¡Juraría haber oído su voz!

CAR. Estarías soñando, Joselito.

JOS. También pudiera ser, porque yo oigo siempre la voz de Juliana. (Señalándose al oído.) La tengo metida aquí.

CAR. ¿Dónde?

JOS. Aquí.

CAR. (Mirándole al oido.) No veo *na*.

JOS. ¡Debes ser corto de vista!... Los primeros días que se fué, sin parar oía: ¡Joselito... que te voy a pegar! ¡Joselito... que te pego! ¡Jose-

lito...! Bueno, y acababa por darme una raja de salchichón.

CAR. ¿Y no habías *reparao?...*

JOS. ¿En qué?

CAR. En que cuando ella llenaba los platos el mejor servido era para mí.

JOS. ¡Pues sí que lo había *reparao!*

CAR. Es que a mí también me quiere... Bueno, no me quiere como a Manolo, pero también me quiere.

JOS. Y a tóos los criados y braceros tiene ella ley. ¡Si es más buena que el pan!

CAR. No, como bueno, Manolo no se queda atrás.

JOS. Vaya unos amos hubiéramos *tenío* camino adelante... (Pausa.) ¿Y cómo le decimos ahora a Manolo lo de esos y lo de esas?

CAR. ¡Tú verás; llámale!

JOS. Llámale tú.

CAR. (Entreabre la puerta primera derecha.) ¡Ptss... ptss!.. Ya sale.

MAN. (Saliendo primera derecha.) ¿Qué pasa?

CAR. Pues muy malas nuevas.

MAN. ¡Dilas, hombre, dilas!

CAR. Que las mozas de la labranza y las dos del servicio quieren que se les ajuste la cuenta, porque *icen* que donde está Juliana ellas no pueden estar por no sé qué cosas. Al *icirles* yo que cuanto *icían* de Juliana era mentira... ¡Que lo diga Joselito! (Joselito asiente con la cabeza.) Al *icirles* yo que tóo era mentira, me han puesto de borrico que no había por dónde pellizcarme. ¡Que lo diga Joselito! Y, ¡nada!, que se van, que aquí no pueden estar, y que los amos no encontrarán moza que les sirva en la labranza ni en la casa.

MAN. El que quiera que se vaya. Les ajustaré la cuenta al instante.

CAR. ¡Si *icen* que también te vas tú! ¡Que lo diga Joselito! ¡Pues poco contentos que están los mozos por la vuelta de Juliana y porque te vas tú! ¡Como que tóos la quieren cortejar ahora y pa toos creen que puede ser! Y yo dije digo: Pues si se va Manolo, también me voy yo. Con que nos vamos tóos.

MAN. (Después de pensar un momento.) Había pensado irme; pero ya no me voy por lo que tú acabas de contar de las mozas, y, sobre todo, de los mozos.

JOS. ¡Yo tampoco me voy!

CAR. Pues en siendo que no te vas tú ni Joselito, yo tampoco, y ahora mismo les digo a las criadas que Joselito se queda, que yo me quedo y que tú te quedas, y que si ellas se quieren marchar que se marchen. Cocinaremos Joselito y yo. ¡Anda, Joselito, que a la *probe* Juliana no han de faltarle buenos quereres! (Mutis fondo Joselito y Carrasco. Aparece primera izquierda Antonio.)

ESCENA V

MANOLO y ANTONIO; luego, JULIANA y BALTASARA

ANT. ¿Con quién hablabas?

MAN. Con Carrasco y Joselito.

ANT. ¿Qué *icían?*

MAN. Que si herraban el ganado.

ANT. ¿Qué te ha dicho Juliana?

MAN. ¿Cuándo?

ANT. Cuando hace un rato me ha *pedío* que os dejase solos. (Pausa.)

MAN. ¡Ah, sí, ya recuerdo!

ANT. ¿Te ha convencío?

MAN. Sí.

ANT. ¿Te vas o te quedas?

MAN. Es fácil que me quede.

ANT. Sí, hombre, sí; quédate. ¿Dónde habías de estar mejor que aquí y dónde había de encontrar yo mejor mayoral que tú? A más que, ¿pa quién ha de ser cuanto tengo y valgo?

MAN. No, eso, no; aunque me quede no será para casarme con Juliana.

ANT. Vosotros me ocultáis algo, Manolo; me ocultáis alguna desgracia.

MAN. No se desespere, señor Antonio, que me da usted mucha pena. Todo se arreglará. No se desespere. Yo no les dejaré a ustedes mientras Juliana viva, aunque no me case con ella. ¿Está usted contento?

ANT. ¿Por qué no te has de casar con mi hija?

MAN. Porque Juliana no quiere; pero no le diga usted nada. Siempre es mejor que sea la mujer la que no desee casarse con el hom-

bre a que sea el hombre el que desdeñe a la mujer.

ANT. En eso llevas razón, porque la honra de las mujeres es más quebradiza que la de los hombres. Yo confío, sin embargo, si te quedas en casa...

MAN. Sí, sí, me quedo.

ANT. ¿Pero de veras?

MAN. De veras.

ANT. (Abrazándole.) ¡Ay, Manolo, qué peso me has quitao de encima!

MAN. Yo que usted traspasaría el arriendo y arrendaría otra hacienda lejos de aquí.

ANT. Podemos comprarla si tú quieres, Manolo.

MAN. No hace falta.

ANT. Haz lo que te plazca. Tampoco veo muy claro eso del traspaso; pero en siendo tú el que lo dice, hecho está. Dispón como si fueras el amo. Siempre con la buena idea de que no has de dejarnos. Si tú quieres, nos partiremos las ganancias, después de quitar de ella tu soldada.

MAN. A mí lo mismo me da, señor Antonio. Lo que yo deseo es que no haya penas en esta casa.

ANT. Bueno, pues tóo arreglao. (Puerta derecha primera.) ¡Baltasara, Juliana!

JUL. (Puerta derecha, seguida de Baltasara.) ¿Qué pasa, padre?

ANT. Ná, que Manolo dice que hemos de traspasar el arriendo y marcharnos a otra parte.

BALT. Toa me he asustao; creía que pasaba algo.

MAN. (Yendo hacia ella cariñoso.) No se asuste, señora Baltasara, no se asuste usted, que ya sabe lo que dice el médico.

BALT. Con Juliana a mi lao me pondré bien en un periquete.

MAN. Ande, siéntese usted.

JUL. Yo creo lo mismo que Manolo.

ANT. Bueno, pues tú te vas en busca de otra heredad, donde tú quieras, mientras yo hallo quien me sustituya en ésta. Arriéndala a tu nombre; como si fueras tú el amo.

JUL. Esto no puede ser, porque Manolo nos deja.

MAN. Ya no, Juliana. Mientras vivan tus padres o tú no te cases, no me voy de vuestro lado.

JUL. Yo no merezco tanto, Manolo. (Llora.)

BALT. ¿Pero por qué llora Juliana?

ANT. ¡Baltasara, aquí hay secretos muy graves, muy graves!

BALT. ¡Qué puede haber!

ANT. ¡No sé, no sé! ¡La cabeza se me va sólo pensándolo!

BALT. ¡Pero, hijos míos, por qué nos hacéis sufrir tanto! ¿Nos queréis matar?

MAN. Bueno, pues a saberlo todo y a liquidarlo todo.

JUL. ¡Manolo!

MAN. No se asusten que no hay por qué; pero... (A Baltasara con mucho cariño.) Sobre todo no se disguste usted, señora Baltasara, que el médico dice que no puede usted disgustarse. A más que lo que ha pasado, pasado. (Pausa.) Juliana...

JUL. (Con mucha ansiedad.) ¡Manolo!

MAN. Juliana y yo... pues que un día sin querer... ¡nada!, que nos cegamos y cometimos una ligereza, y ahora Juliana sospecha que... Pero todo se arreglará, porque si fuere lo que cree Juliana, yo soy el padre. No se disguste usted, señora Baltasara. (Yendo del uno al otro.) Ni usted tampoco, señor Antonio. (Juliana llora amargamente) Y como nos marchamos de aquí, nadie ha de saber lo que ha sido. Con que fuera disgustos, fuera amarguras; alegría, mucha alegría. (Los dos viejos se quedan como atontados mirando a Juliana; ésta no cesa de llorar.) No llores, Juliana, que queda todo arreglado. (Los viejos acaban por llorar.)

JUL. ¿Pero vivirás siempre a mi lado?

MAN. Y me casaré contigo para recoger de esta bella flor las hojas que un miserable ha tronchado. (La besa mientras cae el telón.)

FIN DE LA OBRA



Precio: DOS pesetas